

LAS TRES OLAS DE LA CRISIS MUNDIAL

EL conjunto de datos críticos que forman la situación del mundo capitalista occidental está sorprendiendo tanto a los gobernantes del mundo como a los analistas de la historia: están poco acostumbrados a la irrupción de lo nuevo. En su pobreza de recursos, se vuelven hacia algunos acontecimientos pasados. Iluminan poco. Y mal. Se está utilizando la metáfora histórica de 1929 como término de comparación. En 1929 se hundió la Bolsa de Nueva York y arrastró a las del mundo; las industrias se arruinaron, el dinero dejó de correr, se produjeron paros masivos en todos los países. La crisis se hizo sentir más en aquellas zonas que eran débiles. Se dice que el fortalecimiento de los partidos comunistas europeos procedió de aquella crisis en su aspecto social, y que por ella se estabilizaron, en forma de respuesta de las clases dirigentes y de válvula de escape de las clases medias, los fascismos: se consolidó el de Italia, se formó y tomó el poder el de Alemania. Y que apareció, en 1933, el nuevo modelo de democracia con Roosevelt, su «brain trust» y su «new deal»: se acababa el liberalismo y comenzaba una nueva forma de control de estado en los negocios. Y en las vidas. Del choque de estas tres maneras de hacer frente a los problemas brotaría en 1939, diez años justos después de la crisis del «jueves negro» de 1929, la guerra mundial.

¿ESTA este esquema en vías de repetición? No es fácil de creer, a no ser por los que gustan de entender que la historia es cíclica. Por una parte, la situación actual es mejor, menos difícil de resolver que aquella. Por otra, es mucho más grave. El parecido esencial está en los datos bursátiles y financieros. Como en 1929, parece haberse llegado a un punto culminante de la prosperidad en los países de cabeza; la superproducción industrial ha ido sobrepasando los límites del poder de compra de las poblaciones, el dinero ha alcanzado una verdadera carestía y la recesión no se produce. Los precios saltan incesantemente, las monedas sufren. Los gobiernos no saben exactamente si deben combatir directamente la inflación por los medios clásicos o proteger el trabajo, evitar el desempleo. Algún país, como Alemania Federal, ha comenzado ya por no admitir más trabajadores extranjeros para los próximos años. Con respecto a España, ha prometido no devolvernos los que tiene ahora en puestos de trabajo; pero no hay razones para creer que si realmente sus fábricas se empezaran a cerrar o simplemente a suprimir jornadas de trabajo respetasen a los trabajadores extranjeros por encima de los nacionales. Imaginemos por un momento lo que supondría que en el plazo de unos años —un plazo que podría acortarse si la crisis fuese intensa— tuviésemos que absorber a todos los trabajadores españoles en Europa: al mismo tiempo que quedaba cerrada una fuente de divisas muy importante, nos encontraríamos con una masa de población repentinamente sin trabajo, en medio de una recesión mundial. Y de una masa con ciertas peculiaridades sociales, económicas, laborales, sindicales, de difícil digestión en nuestro sistema.

ESTE tipo de crisis se venía fraguando desde hace tiempo. Cuando los gobiernos estaban manoteando para salir de la inmensa ola, viene la segunda a echarse encima; la crisis de energía. Es difícil calcular cómo van a enfrentarse los ministros económicos con la necesidad de sujetar los precios cuando la fuente básica de toda la producción, la energía, experimenta una sacudida que puede enunciarse así: una cantidad de petróleo inferior en un 20 por 100 a la utilizada en el año pasado va a costar aproximadamente un 30 por 100 más. (El 20 por 100 es el cálculo medio para Europa considerando las restricciones árabes en sus tres escalones, que van desde la repetición del consumo del año pasado para algunos países, la restricción paulatina para otros y el bloqueo entero para unos terceros; el cálculo del aumento de precio se hace sobre la repercusión posible en los combustibles refinados del 70 por ciento de aumento del petróleo en origen. En cierta forma, la reducción de la energía concuerda con la de la producción de bienes de consumo que aconsejan los recesionistas; pero ello puede tirar más aún de los precios hacia arriba en un momento dramático. Todavía en estos instantes se está produciendo el estímulo a la compra por la vía publicitaria; y aun sin ella, el deseo psicológico de gastar dinero y de invertir en algo estable, no fungible, antes de que su valor vaya a mermar de una manera dramática es muy poderoso.

LA tercera ola que se ha venido encima es la de la crisis de confianza. La noción de autoridad y seguridad en los poderes establecidos se está viniendo abajo rápidamente. Cualquier movimiento gubernamental en occidente es ahora considerado como contradictorio; a partir, evidentemente, de la enorme crisis de poder en los Estados Unidos. En Europa, las gentes están acusando seriamente a sus gobiernos de no haber previsto las situaciones, de haberse embarcado en la estela de los Estados Unidos, de haberse creado un continente capitalista o multinacional en lo puramente económico, pero sin haberle dado estructura política de participación. Las quejas incluyen hasta los más antiguos tópicos, como el de haberle dado libertad al tercer mundo, sin contar con que en él residen las fuentes nutricias de toda la sociedad de consumo y no sólo en la energía, sino en la mayor parte de las materias primas. Se culpa a la Unión Soviética de haber preparado y establecido esta crisis mundial. El gran bloque de estas quejas no tiene sentido. Europa no se puso en la estela de los Estados Unidos en la posguerra; fue simplemente dominada militar y económicamente por sus aliados americanos, por sus bases, sus creaciones militares —la OTAN—, sus dólares y sus inversiones. Los países productores de materias primas no han sido liberados nunca, sino que han estado estrechamente controlados y dirigidos, e incluso es muy probable que de otra manera la actual escasez de materias primas no hubiese sucedido: sus fondos naturales se hubiesen explotado con más posibilidades en cuanto esos países hubiesen visto que sus beneficios eran nacionales y que elevaban el nivel de vida de sus gentes, cuando los mercados internacionales hubiesen sido honestos y no artificial y obligadamente bajos. En cuanto a la Unión Soviética, es probable que sea el país que tiene hoy más miedo a una crisis mundial. Sus esfuerzos para sostener a Nixon y evitar que la crisis vaya a más son heroicos. Los petroleros soviéticos están enviando gasolina a Estados Unidos: el intercambio de la carga se hace en el estuario del Elba, cerca de Hamburgo, más que por ahorrar camino, es buscar la discreción. Los petroleros soviéticos «Balvy» y «Moskovskii Festival» transvasan sus productos refinados en la URSS a los petroleros de Estados Unidos «Golden Gate» y otros. Que la Unión Soviética rompa el bloqueo de sus aliados árabes —que han combatido con sus armas— a su principal enemigo es algo de primera importancia. No es la mayor contradicción en esta apresurada época de contradicciones. Está claro que la URSS no quiere que la situación se dramatice hasta el punto de obligar a tomar decisiones gra-

Prácticamente, en todos los países de Occidente se está estudiando la posibilidad de racionar el consumo de energía eléctrica.





El Presidente Nixon discute con Melvin Laird, consejero para asuntos internos, y John Love, jefe de energía, sobre las medidas a tomar en vista de la actual crisis.

ves a los Estados Unidos —como las de una intervención directa en la zona petrolera— y lleve a una agitación social grave desde un punto de vista social y económica en la Europa de occidente.

LA posibilidad de la intervención directa ha sido, naturalmente, estudiada por los propios árabes. El jeque Ahmed Yamani, de Arabia Saudita, que está recorriendo Europa para negociar su petróleo —está tratando de obtener aún más medidas contra Israel: estima que las tomadas hasta ahora son puramente verbales —ha advertido ya que en un caso determinado los países productores serían capaces de volar los campos petroleros. No ha añadido, pero podía haberlo hecho, que las amenazas de voladura las han hecho directamente los comandos palestinos, y que esta es una de las razones —además de las del beneficio inmediato por la elevación de precios— de que los países feudales estén combatiendo la misma causa que los revolucionarios.

UNA de las formas más características de esta crisis de autoridad es la de la crisis de las oposiciones. Los pueblos de Europa están acostumbrando a sus gobiernos para que les eviten la gran crisis que se viene encima; pero no encuentran en los programas de las oposiciones soluciones mejores. La izquierda en Francia tiene pocas respuestas; Wilson ha envejecido con el partido laborista; la democracia cristiana de Alemania Federal no representa más que un tiempo en el que quizá se fraguó todo. La situación más fácil de resolver, en este sentido, parece la de los Estados Unidos, porque se ha volcado sobre Nixon el cúmulo de los males. El desventurado encarna, a los ojos de su país y a los del mundo, todas las desventajas de la situación que, con toda seguridad, se llamará en la historia la crisis Nixon. Es posible que cuando dimita o sea expulsado por otras vías, y la Casa Blanca restaure su irradiación, haya un regreso de la confianza. ¿Por cuánto tiempo?

POR algunas de estas razones parece que la crisis actual puede ser menos difícil que la de 1929; o puede ser más grave si no se sabe manejar. Es probable que la caída de Nixon no sea una simple alternación de poder, sino la inauguración de una nueva etapa política; que en esa etapa de coexistencia sea más abierta y menos forzada que durante la etapa Nixon, y que la Unión Soviética se conforme con beneficios industriales, y no políticos directamente. Es muy probable que Europa se vea forzada a crear unas instituciones más democráticas, más abiertas también a la participación de todos, por sindicatos y partidos. La reorganización de la producción y la venta —la industria y el comercio— está haciendo falta; puede aprovecharse esta ocasión. Pero no podrá hacerse sin víctimas. Puede Israel ser una de ellas; pueden ser los países productores de materias primas la otra. Estamos en los albores de otro colonialismo.

PERO nadie sabe lo que puede suceder si la crisis se pudre antes de tiempo; si Nixon no se va y le apoyan otras fuerzas del país, si los Estados Unidos practican un sansonismo; si los países europeos no toman sus medidas de recesión teniendo en cuenta las necesidades sociales. Nadie sabe lo que puede suceder si los Estados Unidos dan prioridad a su enfrentamiento con la URSS, como pretendieron hacerlo el 25 de octubre; si los países occidentales eligen como víctima al pueblo de sus dificultades económicas, según las fórmulas clásicas y acreditadas. Por el momento, lo que impera en el mundo occidental es esta sensación de miedo. Esta es la cuarta crisis, la cuarta ola: el pánico. Si los gobiernos y los centros de dirección no consiguen dominar el pánico, todos los males pueden precipitarse. Si intentan dominarlo por una vía dictatorial, será aún peor. La única forma de recuperar la confianza perdida parece estar en hacer más participes a los ciudadanos de las situaciones en que se encuentran y de las soluciones posibles.

Los Contem pora neos

Me ha parecido encontrar estos días en la gente una especie de fruición por la era de desgracia que parece comenzar para la humanidad. Es algo más que el habitual componente de sádomasoquismo que ha hecho

tan famosos y tan atractivos a los españoles en el mundo y cuyas principales reservas espirituales están hoy almacenadas por la izquierda. Es también algo más que el simple pesimismo (el truco de los listos que se quieren hermanar con la desgracia antes de que suceda). Es más bien como una especie de descanso. Si viese una gran escasez, si se producen la gran crisis de energía y las dificultades para todos, ¿no sería otra vez el triunfo del orden antiguo, del orden natural? El orden natural, como se sabe, es aquel que a uno le conviene; se puede decir que hay tantas versiones de orden natural como ciudadanos en el mundo.

Hace siglos que se nos dice que el dinero es nuestro enemigo. Es una enseñanza que generalmente han impartido los que lo tienen para consuelo y contención de los que no lo tienen, con apólogos tan astutos y malignos como el de "la camisa del hombre feliz" y otros de su cuerda. Y hace años que se nos enseña también que el objeto es nuestro enemigo. Corremos tras él, nos afanamos por él; y lleva dentro la muerte y la destrucción. Se ha hecho del automóvil su símbolo. El hecho de que también el automóvil sea ahora en Europa y en América el elemento más visiblemente alcanzado por la calamidad parece obra del Destino. Si el dinero se hunde en la inflación, si el objeto comienza a desaparecer por falta de materias primas y de energía, habremos perdido de vista dos peligrosos contrarios, dice el neorrusiano. Todo se lo va a llevar la inflación. Nadie sabe bien en qué consiste, pero la inflación tiene su morboso atractivo. Al español siempre le han gustado las gordas (su sexualidad nunca se ha recuperado de la línea flaca que le vino hace años de Europa, sin duda como una parte de la gran conjura para acabar con

nuestra entereza), y la inflación evoca, sin duda, en el inconsciente freudiano la presencia de la dama gorda de nuestros pensamientos.

Hay otros componentes más interesantes. Uno es el de que por fin

podían llegar a pasarnos las mismas cosas que a los europeos. El español tiene la idea de que hay que comenzar por identificarse con lo malo para poder llegar a compartir lo bueno. Si uno quiere comenzar por lo bueno, generalmente no le dejan. Si ahora llegásemos a ser europeos de la escasez, podríamos llegar a ser europeos de todo lo demás. El otro componente es el de que, por fin, pase algo. Iba a escribir "aunque sea malo", pero eso es obvio: lo bueno nunca pasa. Lo bueno sólo existe como ideal, y esa es función en la vida del hombre y la de los pueblos. Pero lo peor es que no pasa nada, y de esta forma, por comparación, lo malo, si acontece, es bueno. Reaviva, saca del torpor televisivo, del aburrimiento, de la nadería. ¡Cuántos laicos envidian estos días de agitación y el movimiento de curas y obispos! Decididamente, el clero sigue teniendo privilegios que no tienen los seculares, aunque sea este de que les esté pasando algo.

Debo advertir que estoy describiendo, no compartiendo. Creo encontrar fruición en los albores de la era de la escasez, y los relato. Doy las impresiones de lo que me impresiona. Personalmente, mi posición es muy distinta. Yo soy un verdadero pesimista, un pesimista sin trucos. Persona de pocas o ninguna esperanza. Por eso no creo que la era de la escasez vaya a ser verdad. Me temo lo peor, y lo peor es que el dinero será siempre el dinero, y el objeto no perderá tan fácilmente su reinado. Incluso creo que los gobiernos del mundo se están excediendo en sus gritos de alarma y en sus medidas de restricción y de penuria para luego aparecer como los resolutores de la crisis. Creo que la era del objeto dominado y perdurable —para toda la vida—, la era del hombre y no de la energía, han terminado para siempre. Una calamidad. ■

LA CALAMIDAD

POZUELO